

comunicaciones aún no publicadas: J. A. Ochoa, «La descripción de Jerusalén en Pero Tafur», J. M. Ribera Llopis, «Peregrinación y literatura: pasos y poses de Guillem de Varoic en *Tirant lo Blanc* de Joanot Martorell», N. Baranda, «La *Tribagia* y otras peregrinaciones a Tierra Santa» y P. Tena Tena, «Notas a la obra de Juan de Mandeville: edición valenciana de 1524», autor este último que acaba de publicar el «Estudio de un desconocido relato de viajes a Tierra Santa», *Dicenda*, IX (1990), pp. 187-203; y M. Wade Labarge, *Viajeras medievales. Los ricos y los insatisfechos*, Madrid, Nerea, 1992. Unas precisiones finales a la bibliografía se refieren a la corrección de los datos sobre la recopilación de R. Henning, que está formada por 7 ts. en 8 vols. publicados entre 1936-56; a la no inclusión de varios trabajos que sí aparecen citados por R. Beltrán; a la ordenación general, que por contar con seis apartados se vuelve complicada para la localización de las citas; a la necesidad de aunar criterios para ordenar las referencias primarias según el nombre del autor/título o del editor, si se cree conveniente, pues la mezcla de ambos resulta confuso; y, como sugerencia, a la utilidad de convertir la bibliografía en crítica, pues una pequeña información sobre cada texto, edición o estudio nos sería a todos de gran ayuda.

En síntesis creo que el colectivo que aquí se reseña tiene el mérito de plantearse a gran escala qué son los libros de viajes medievales, en un esfuerzo conjunto digno de ser tenido en cuenta, pero que como proyecto de investigación necesita establecer unas bases más sólidas que permitan a sus colaboradores extraer de su trabajo todos los frutos que tal empeño merece.

NIEVES BARANDA
U. N. E. D.

Inés Fernández Ordóñez, *Las Estorias de Alfonso el Sabio*, Biblioteca Española de Lingüística y Filología, Istmo, Madrid, 1992.

Este libro nace de una investigación sobre diferentes problemas relacionados: la concepción de historia que subyace a los textos historiográficos alfonsíes, la relación entre la *Estoria de España* y la *General Estoria*, la traducción de fuentes y su incorporación a estas obras y sobre los distintos modos de organizar el discurso histórico. Se trata de un estudio riguroso y muy sugestivo de las obras y las fuentes, de ese continuo trenzar y destrenzar textos, es decir, compilar, ayuntar, disponer según la cronología, etc. en que consistió la vasta obra historiográfica alfonsí (y parte de la postalfonsí). El trabajo es muy rico y no es posible resumir en unas líneas el caudal de informaciones y de interpretaciones (muchas de ellas novedosas) que se ofrecen en él.

Entre las numerosas cuestiones planteadas quiero destacar el estudio sobre la organización y vertebración del relato histórico. Es un problema que también hoy se discute y que interesa no sólo a quienes ejercen el oficio de historiador. En los últimos años, en efecto, se ha reflexionado sobre la naturaleza de los hechos históricos y sobre los procedimientos que

siguen los historiadores para convertirlos en relato. La discusión no es sólo de estos tiempos como queda demostrado en este trabajo. La obra historiográfica de Alfonso X es, además de otras muchas cosas, una reflexión sobre el arte (o mejor, la ciencia) de escribir la historia. El equipo de historiadores que trabajó sobre las fuentes llegó a expresar en ocasiones los problemas que traía consigo la organización, la disposición de las distintas noticias. Los redactores alfonsíes tuvieron que plantearse una y otra vez la distribución analítica de los *fechos*, exigida por la exposición cronológica. Dado que los hechos históricos debían exponerse como una sucesión de *señoríos* o gobiernos terrenales, se producían continuos problemas para sincronizar o simultanear la historia bíblica con la pagana, lo que provocaba muchas dificultades a los compiladores de la historia universal, que no disponían de datos analíticos necesarios. Para salvar algunos de los problemas derivados de la exposición simultánea de muchos pueblos gentiles los compiladores inventaron la *estoria aunada*, es decir, una serie de «unidades narrativas autónomas que, superando la fragmentación analítica, concentran en un punto histórico todo el saber vinculado a un suceso o a un personaje para realzar estructuralmente su relevancia» (p. 32). Estas *estorias aunadas* suponen el triunfo de la historia como exposición razonada sobre la historia como enumeración de sucesos inconexos. Me parece relevante que fueran los propios historiadores quienes, conscientes de las dificultades que presentaba la organización del relato, arbitraran distinta organización y tratamiento de las fuentes, como lo muestran algunos comentarios (recogidos en pp. 55 y 57) que demuestran que ellos mismos distinguían perfectamente distintas formas de narrar.

Los propios compiladores sabían que no siempre era posible organizar, ordenar las historias, las noticias, con los mismos criterios. Así, la *Estoria de España* comienza centrandó su interés en la *Estoria del sennorio* pero más adelante, al preocuparse del dominio de los bárbaros y los godos sobre la península se muestra, ya desde los títulos de los capítulos, un cambio de actitud: el cómputo cronológico se interrumpe y da pie a largas introducciones sobre lo que sucedió a esos pueblos antes de llegar a la península.

Algunas de estas observaciones nacen al hilo de la comparación entre la *Estoria de España* y la *General estoria* y del análisis de los diferentes principios compositivos que las inspiraron. La profesora Fernández Ordóñez ofrece nuevos datos para estudiar la relación entre ambas obras y para destacar que la *General estoria* se estaba ya componiendo cuando se escribieron los primeros capítulos de la *Estoria de España*, así como que el contacto entre ambas obras fue mucho más estrecho de lo que ha venido indicándose hasta ahora.

Estas discusiones nos llevan a un problema inevitable: la historia es política y se escribe a partir de criterios políticos. Es muy significativo que la *General Estoria* eligiera —aunque este no sea sólo criterio político o ideológico sino también estructural— entre los distintos pueblos uno que mereciera llevar el cómputo de los años, pues ello significa que todos los hechos relatados en la *Estoria* debían enfocarse a partir de la perspectiva

cronológica del pueblo elegido. En la misma dirección apunta la justificación de la *translatio imperii* de la monarquía goda a los reyes astur — leoneses: las razones políticas eran decisivas a la hora de disponer y organizar hechos históricos. No olvidemos que en esta clase de obras, determinados cambios de fechas, o alteración en el orden de los acontecimientos, podían llevar sin duda a una interpretación interesada de las circunstancias políticas reales. Añádase a lo dicho que Alfonso X fue quien introdujo definitivamente el derecho romano en España, lo que condicionó también su concepción de las obras históricas, como la preocupación por el *señorío*, «basamento y principio ordenador de todos los *fechos* ocurridos en el mundo» (p. 45).

La profesora Fernández Ordóñez explica con inteligencia, apoyada en una vasta erudición, las distintas maneras de entender y escribir la historia, los múltiples desajustes, repeticiones o inconexiones que se derivaban de las distintas noticias recogidas en las fuentes, de las diferentes traducciones. Sin un cotejo minucioso de manuscritos, sin un estudio tan detenido de los textos y las fuentes y sin la comprensión de los principios organizativos que inspiraron las obras, es decir, sin una investigación paciente y minuciosa, no es posible sacar a buen puerto un trabajo como el presente, que tanto aporta y tantas reflexiones suscita.

Me parece que, al margen de las interpretaciones y los datos relacionados con las *estorias* del rey sabio, el trabajo ayudará a entender también la relación entre las categorías de espacio y de tiempo, tan importantes para definir la imagen del mundo y de la historia. Si se trata de escribir una historia universal o una historia de la península y si la cronología se vuelve uno de los sistemas fundamentales de la exposición, entonces la historia se escribe partiendo de dos criterios básicos: espacio y tiempo. La relación con la organización de los libros de viajes, con los itinerarios de peregrinos e incluso con algunos mapas medievales «ilustrados» (aquellos en los que se mezclan la geografía bíblica con la pagana: Jerusalén, el Paraíso terrenal, pero también Gog y Magog, Troya pero también la basílica de Santiago y la diáspora apostólica) salta a la vista.

Debe de haber pocos textos en la literatura medieval que ilustren mejor la concepción del pasado, la comprensión y visión de la cultura antigua, y los problemas a la hora de articular un relato como estas obras del rey sabio, que dejan además constancia del enorme poder de quienes conciben y mandan escribir la historia. De todo ello se ocupa este libro excelente.

JOAQUÍN RUBIO TOVAR
Universidad de Alcalá